Cante de Jerez en el Ateneo de Madrid

El día 5 de febrero de 1970, me correspondió la satisfacción de llevar el cante flamenco al Ateneo de Madrid. Hasta aquel día, hace diecinueve años, no se había hablado de flamenco en su tribuna, ni cantado por lo jondo en su salón de actos. Pronuncié una conferencia y ofrecieron un recital Enrique Morente y Manolo Sanlúcar.

Modestia aparte, fue un hito histórico. El acto fue recogido por toda la prensa de la capital con grandes titulares: «El Ateneo, muy serio, dijo ole», «El flamenco interesa. Desde la conferencia de Adenauer no se tiene noticia de un lleno tan total en el Ateneo de Madrid», «Acontecimiento nunca visto en los anales del Ateneo»... Uno de los cronistas, Carlos de Rojas —hijo del Conde de Montarco—, escribió en «Informaciones»: «Antes de iniciarse la conferencia, muchos de los que pensaban asistir, y que desconocían lo que es el flamenco, se preguntaban si aquello sería un ultraje a las serias efigies de Núñez de Arce, Donoso Cortés, Duque de Rivas y cuantos honran rencias del Ateneo. Quienes entraron y asistieron a la totalidad de la conferencia, salieron convencidos de que esto del flamenco es más serio que una chismas de señoritos pagando a gitanos para que les canten y les bailen.»

Después han pasado por el Ateneo figuras del flamenco de vez en cuando, José Mercé, María Vargas, Rafael Romero, Rosa Durán... y el pasado día 28, el de Andalucía, Rubichi, con la guitarra de Moraíto, ilustró una conferencia del crítico Angel Alvarez Caballero.

El compromiso de Rubichi no se lo recomiendo a nadie. El cantaor de Jerez asumió una gran responsabilidad para presentarse en Madrid. El recinto impone respeto. Y todo acto que en él se celebra cobra visos de solemnidad. En el público estaban artistas flamencos, aficionados, flamencólogos, músicos, poetas, sociólogos... Lo que se dice un respetable y distinguido público, pero de verdad.

Rubichi cantó sin megafonía y espaciadamente, porque debía hacerlo cuando se lo indicaba el conferenciante y por el palo que éste anunciaba. El método no le permitía terminar de entrar en situación, ni tampoco ir interpretando los estilos conforme lo creyera oportuno. Y todo ello constituye un handicap bastante grande.

Pero, digámoslo ya, Rubichi dejó bien alto los valores genuinos del cante de Jerez en el Ateneo de Madrid. En primer lugar estuvo sereno, centrado y seguro de su conocimiento de los cantes. Su voz añeja y afillá es ya de por sí motivo de interés y gustó su eco gitano y su racimo de quejíos, su manera de templarse y de hacer los cambios, ...tiendo la voz dentro y los desgarros emotivos.

Rubichi dijo tientos y tangos, malagueñas melliceras, siguiriyas, soleá, martinetes y bulerías. En todos estos cantes demostró su personalidad y sus saberes, midió bien el tiempo y estuvo compenetradísimo con el toque flamenquísimo y siempre sugestivo de Moraíto. Pero si tuviéramos que destacar algunos momentos de su actuación, hay que decir que alcanzó instantes emocionantes y bien jondos de sentimiento y musicalidad en sus peleadas malagueñas, tanto en los tonos altos como en los bajos, rematando muy colgado del cante. Y por soleá, ligando con justeza los tercios, pellizcó de «abute», bien.

Salió airoso Rubichi del trance, de un compromiso que tenía mandanga, tela marinera. Y en Madrid ya saben que el cante de Jerez, el más remoto, tiene en Rubichi un artífice. Ese era el comentario de los cabales, ante un cantaor responsable, ante un artista serio y cierto.

Manuel Ríos Ruiz

Diario de Jerez

6 marzo 1989